



Ser humano en la era de la Inteligencia Artificial

Marius Dorobantu, Brian Patrick Green, Fr. Anselm Ramelow, Fr. Eric Salobir

El impacto de la inteligencia artificial (IA) en nuestras vidas es una cuestión que nos preocupa a todos. Nuestras interacciones sociales están cada vez más orientadas por algoritmos, hasta el punto de que la serendipia está desapareciendo. Estas tecnologías acaban marcando la pauta. De la misma manera, los altavoces conectados atienden todos nuestros deseos, pero pueden tener consecuencias importantes a la hora de responder a preguntas delicadas como: ¿cuál es la capital de Israel, Tel Aviv o Jerusalén? Se abre así una oportunidad para influenciar nuestra percepción del mundo. Todos los ciudadanos deben ser conscientes de los efectos positivos y negativos de estas tecnologías, con el fin de preservar la sociedad humana en un mundo en el que la IA está cada vez más presente.

En este contexto, OPTIC ha movilizado su equipo y su red para analizar los impactos positivos y negativos de la IA a través del enfoque de la antropología teológica. Este documento es el resultado de varios seminarios. Está previsto que se utilice para desarrollar módulos de formación.

Una perspectiva equilibrada de la IA desde el punto de vista teológico

La esfera religiosa es normalmente conocida en la comunidad de la IA por su punto de vista conservador sobre las cuestiones tecnológicas. Sin embargo, creemos que la evaluación teológica de la IA puede ir más allá de las críticas religiosas comunes: idolatría, sustituto tecnológico de la salvación, etc. Una valoración equilibrada permitiría la apreciación mesurada de los beneficios de la IA, así como un análisis más sutil del potencial latente en las tecnologías de la IA para impactar a la humanidad a largo plazo. Nuestra reflexión no se dirige a los teólogos, sino a un público más amplio de personas susceptibles de adherir a valores humanos fundamentales como la compasión, el amor y el cumplimiento de nuestra naturaleza humana.

La IA posee el potencial necesario para cambiar radicalmente nuestro mundo, e incluso, a largo plazo, nuestra identidad humana. ¿Cómo nos afecta el proceso de creación de la IA?; en otras palabras, ¿cómo nos está recreando? Podríamos hacer un paralelismo con la experiencia de la paternidad: los padres influyen en sus hijos, pero a su vez son moldeados por ellos. La cuestión aquí es si esta tecnología hace que afloren algunos de nuestros aspectos más indeseables, como la codicia, la vanidad, el ansia de poder o la crueldad.

Sabemos que ser humano, o mejor, lo humano, no es necesariamente una característica binaria de tipo sí/no, sino que implica más bien una realidad mezclada en un *continuum*: individual o colectivamente, podemos ser más o menos humanos según cómo actuamos y qué valores elegimos como principios rectores de nuestras vidas y nuestras



sociedades. Una pregunta crucial sobre la IA actual y futura es si da lugar a un mundo más justo y más humano, si nos ayuda o no a **ser mejores**.

La antropología teológica puede ser de gran ayuda al abordar esta cuestión, en razón de su experiencia milenaria sobre el hombre y sus desafíos éticos. Una noción fundamental que puede alimentar nuestra reflexión es la de “**imagen de Dios**” (*imago Dei*). En especial, las llamadas definiciones funcionales y relacionales de la imagen de Dios pueden resultar útiles, puesto que ponen el acento sobre **nuestra responsabilidad**.

La interpretación funcional se refiere a la *imago Dei* como nuestra designación para representar a Dios en la creación ejerciendo la administración y el dominio de la misma. La dimensión **administrativa** es especialmente importante, porque subraya nuestra responsabilidad. Tenemos el deber de cuidar el mundo, y no podemos sustraernos a este deber. Algunas decisiones clave de impacto global siempre tendrán que ser tomadas por humanos, y no simplemente delegadas a potentes algoritmos de IA.

La interpretación relacional afirma que la imagen de Dios se comprende mejor como la relación Yo-Tú de Dios con la humanidad -como un todo y con cada ser humano-. Dios, la Santísima Trinidad, es relación (“Dios es amor”) y estamos llamados a parecernos cada vez más a Dios cultivando nuestras relaciones de amor con Él y con los demás. Las relaciones son, hasta cierto punto, el nivel fundamental de la ontología humana. ¿La IA nos ayudará a mantener **relaciones más auténticas**, o promoverá un mundo más individualista y autosuficiente? Esta es una cuestión abierta.

Una idea errónea frecuente consiste en que las visiones tecnológicas del futuro son neutrales, porque se presentan como científicas y manifiestamente antirreligiosas. Sin embargo, cuando se deconstruyen resulta que están fundadas sobre ciertos valores y principios que no son neutrales y, lo que es más importante, sobre ciertas **antropologías implícitas**. Cuando se presentan utopías de un futuro de abundancia e invulnerabilidad dirigido por la IA, deberíamos plantear siempre la siguiente pregunta: ¿qué antropología está realmente operando en este escenario tecnológico? ¿Ese mundo promueve nuestra humanidad o la inhibe?

La valoración teológica de la IA puede ser positiva en general, sobre todo si se considera que la creatividad es un elemento importante de la *imago Dei*. Pero una valoración realista ha de tener en cuenta el hecho de que existe una pluralidad de enfoques de la IA y, por tanto, una pluralidad de futuros posibles. Es nuestro deber ayudar a la comunidad tecnológica a discernir estos futuros.

La relación con los demás y con el mundo

La IA tiende a modificar la naturaleza misma de nuestras interacciones sociales en sus numerosas formas (familiares, amistosas, sexuales y amorosas, profesionales y otras relaciones sociales globales). Como nueva tecnología, la IA se puede aplicar a las interacciones humanas existentes -nos ayuda a reunirnos, a comunicar, a comprendernos unos a otros-; y puede también generar nuevos tipos de interacciones -directamente con la IA- que reemplazan las interacciones personales cotidianas. Esto crea nuevas oportunidades y nuevos riesgos, cambiando el modo en que nos percibimos los unos a los



otros, y a nosotros mismos. La IA puede estar transformando la naturaleza misma de nuestras relaciones al actuar como un intermediario siempre presente; ello ofrece ventajas como la optimización y el incremento de los intercambios que mantenemos los unos con los otros, pero también supone riesgos como la disminución de la tolerancia, la pérdida de competencias sociales, la cosificación del otro... Plantear la cuestión de los derechos humanos fundamentales desde un enfoque sociopolítico puede ayudarnos a definir un marco, unas líneas guía para explorar el impacto de la IA en nuestras relaciones con los demás. Puesto que existimos a través de nuestras relaciones con los demás, la mediación de la IA puede afectar a nuestro sentido de la identidad y a nuestra percepción del mundo. Este eje es esencial, porque está enraizado en la propia naturaleza del ser humano, que es social. Plantea la cuestión de una posible evolución dentro de nuestra naturaleza: ¿la dimensión social es singular o puede redefinirse por completo? ¿Nuestra naturaleza social nos define o nosotros definimos la forma en que se expresa?

La IA ha modificado también nuestra forma de existir en el mundo, el modo en que lo comprendemos, reaccionamos a él, lo analizamos y lo vivimos. Todo ello se efectúa a través de nuestras capacidades cognitivas y físicas. Al ocupar nuestro lugar en tareas cotidianas, interacciones y trabajos específicos, la IA modifica el modo en el que nuestros cerebros y nuestros cuerpos aprenden y se desarrollan. Mientras nos hacemos cada vez menos autónomos como individuos, nuestras capacidades colectivas aumentan. Esto plantea temas importantes, como el lugar del crecimiento personal en una sociedad colectiva, o la sustitución de la actividad y las acciones humanas por la IA. La IA tiene el potencial necesario para optimizar nuestra relación con el mundo, pero también para sumirnos en existencias completamente pasivas. De ahí la cuestión fundamental de nuestra vocación humana en tanto que constructores: ¿somos capaces de crecer positivamente, o la naturaleza humana favorece siempre la vía de lo fácil? ¿La IA nos mejora, nos debilita o simplemente nos hace evolucionar hacia una especie diferente, concentrada en tareas distintas y dotada de capacidades nuevas? ¿La IA está diseñada para fomentar nuestras carencias o nuestra resiliencia? Si favorece nuestros defectos (pereza, avidez, egoísmo...), ¿puede llevarnos a la destrucción de nuestra especie y de su ambiente?

La relación con Dios

El impacto de la IA en el campo de la espiritualidad puede ser considerado desde dos puntos de vista: su uso para fomentar la espiritualidad en general (una “espiritualidad 2.0”, más individual y racionalizada); y el uso de la IA para finalidades religiosas y su posible deificación como consecuencia de su carácter sumamente avanzado y del modo en que impacta en nuestra vida cotidiana y la transforma.

Más allá de estos efectos, la tendencia recurrente del hombre a sustituirse a Dios puede encontrar en la tecnología de la IA una gran oportunidad, ya que la tecnología potenciada por la IA nos permite modificarnos a nosotros mismos de manera nueva (ingeniería genética, prótesis robóticas...) y transformar profundamente el mundo que nos rodea, haciendo posibles vidas más largas, quizá incluso superando los límites de la muerte. Además, mediante la IA creamos una nueva entidad auto pensante que lleva aún



más lejos nuestra capacidad creativa (y también destructiva). Ello remite a la forma en la que el ser humano se acepta en su finitud o, por el contrario, trata de endiosarse. ¿La IA significa una renovación de nuestra espiritualidad, o los cambios que implica van contra la naturaleza misma de la trascendencia?

La relación con uno mismo

El uso de la IA tiende a afectar nuestra auto percepción y la identidad psicológica personal. Esta dimensión de nuestra existencia en cuanto seres humanos está cambiando en la era de la IA, gracias a los avances en la investigación, que conducen a una mejor comprensión de nosotros mismos. La tecnología a la que ahora tenemos acceso modifica nuestras vidas diarias y, progresivamente, nos modifica a nosotros: al satisfacer todas nuestras necesidades, y deseos, la IA afecta a nuestra paciencia, a nuestra soledad, a nuestra actividad global y, sobre todo, a nuestra autonomía individual. La IA cambia el modo en el que experimentamos la condición humana tratando de resolver problemas a los que siempre ha tenido que enfrentarse el ser humano. Ahora bien, numerosos estudios subrayan el desfase entre las necesidades del desarrollo humano y los usos actuales de la IA, lo que podría provocar un aumento de la ansiedad general, en lugar de favorecer un progreso individual.

El modo en el que la AI modifica nuestra relación con nosotros mismos plantea numerosos interrogantes sin respuesta. ¿Nos ayuda a percibirnos y a entendernos mejor? ¿Las preguntas de siempre pueden responderse, especialmente gracias a la tecnología? ¿Los cambios que implica suponen una transformación individual o una mutación colectiva (más allá de la suma de los cambios individuales)?

[Sobre OPTIC](#)

OPTIC es una red de acción e investigación que promueve los valores humanos en el desarrollo de las nuevas tecnologías. Dicho desarrollo produce a veces toda una serie de preocupaciones razonables; sin embargo, nuestra creencia es que las tecnologías también pueden ayudar a construir una sociedad más respetuosa de cada persona, a condición de que consideremos los aspectos éticos y evaluemos su impacto en el mundo real. En efecto, aunque la mayor parte de las tecnologías no son intrínsecamente buenas o malas, tampoco pueden considerarse neutrales, ya que son productos de intenciones y de una visión del hombre que pueden ser cuestionadas. Desde esta perspectiva, OPTIC trabaja para fomentar un debate social renovado sobre el papel que las tecnologías deberían desempeñar.

Fundada en 2012 bajo la égida de la Orden de los Dominicos, la red OPTIC cuenta hoy día con varios miles de miembros, y opera en París, San Francisco, Roma, Montreal, Bruselas y Ginebra.